

FIESTA EN EL PLAZA



Allí estaba, viejísima y sola, en un sofá del salón Rembrandt, ceñido su cuerpo esquelético con el negro vestido de gala, enjoyada con perlas de zares y sortijas de amantes trastornados, fumando en larga boquilla como las espías perversas del cine. A veces humedecía sus labios de guadaña en el oro del cava catalán traído ex profeso de España para la fiesta. Con un whisky en la mano, el escritor reparó en ella y la observó con curiosidad, imantado por sus ojos de águila culebrera y su sombría silueta. Dos horas antes se había tropezado con ella ante la puerta giratoria del hotel, se cruzó con el flash de su mirada fugaz y entonces tuvo la impresión de que aquellos ojos le reconocían, o lo emplazaban. Él le cedió el paso y la olvidó, atento a sacudirse la aguanieve que moteaba su cabello entrecano y las hombreras del abrigo. ¡Qué frío! Al final de una mañana luminosa y tibia había llegado el viento polar que la meteoróloga minifaldera Birmania Ruiz anunciara la noche anterior en el Noticiero 27, ataviada con un amarillo chubasquero de pescador, con la cara recogida en la capucha, como una linda esquimal (¿o esquimala?, escritor), que baja del Canadá, trayendo frío, nieve, viento gélido. Pero en la habitación del hotel se estaba calentito y no existía otro mundo que Carmen, a la que abrazaba con un ardor de otro tiempo. Ella se burlaba: “¿qué mosca te ha picado?”

La orquesta de Lester Line —eso decía el gorrito verde que llevaban los músicos— repasaba un repertorio internacional de melodías inolvidables, boleros, tangos, ritmos de Gershwin, valeses, chachachás, *Granada*, *Sur les ponts de París*, *Arrivederci Roma...*, y a veces el piano se destacaba de los demás instrumentos como un aleteo de ave que levanta el vuelo entre el follaje del camino. Fuera de la pista de baile los pasos se hundían en las alfombras como si hollaran nieve y

sueños, destellaban las lámparas de 1920 y sus abalorios ampliaban en los enormes espejos el eco de otras noches en que el geométrico mundo de afuera había dejado de existir. El salón Rembrandt del hotel Plaza era aquella noche un trasatlántico fondeado en medio del océano, ajeno al rugir de la inmensa ciudad con tableros de ajedrez escaqueados de luz, aristas sin fin y miedo solitario doblando las esquinas.

El escritor se notó acechado por la Dama anciana y se estremeció. Bebió un trago y se giró hacia la pista de baile: *Brasil, Brasil...* Durante la cena había oído de refilón contar episodios de su leyenda: que había sido muy hermosa, que hablaba a la perfección varios idiomas, aunque por amaneramiento o cansancio de la edad dejaba traslucir acentos apátridas y áridos siseos, que había sido la reina de los salones, que era conocida en el Metroplitan y en los hoteles de lujo de la Quinta Avenida, pero que nadie sabía su nombre, sino su apodo: *The Silent Princess*, Siempre replicaba a los saludos con una fría sonrisa y un liviano ademán. Para muchos era una princesa rusa, pero en otros tiempos había pasado por aristócrata española en Estocolmo, hetaira rumana en París y hasta hija de un dictador caribeño en Berlín. En todo caso era un pecio de otros tiempos: se le suponía obsesionada por la ruleta y las encrucijadas de la suerte, una capacidad ilimitada para acercar el insaciable apetito de amor al pozo de la insatisfacción mortal, y en ambos casos, en las mesas del casino y en el tálamo insomne, el agrio amanecer carecía de sentido para sus acompañantes arruinados y exhaustos.

Hacía cuatro días que el escritor y su mujer habían llegado a Nueva York. Se les hizo de noche mientras rellenaban las tarjetas verdes que les obligaban a declarar que no pasaban alimentos ni plantas ni —se suponía— ideas revolucionarias. A Carmen una gigantesca aduanera la había cacheado de arriba abajo y le había revisado el neceser de mano. Lo de él fue peor. Una ordenanza reciente exigía descalzarse, quitarse el cinturón y pasar por un escáner sujetándose los pantalones,

—Te vejan, Carmen, te escarnecen. Aquí, te tratan como a un presidiario de película. Te vejan.

Pero Carmen siempre tenía las palabras exactas contra el exceso retórico y la exhibición de sinónimos. Anda, Gaucho —en la intimidad le llamaba gauchito, cuando hacía frío y se le colgaba del brazo—, no te pongas estupendo.

—¿Eres especial? A todo el mundo le hacen lo mismo.

Carmen siempre tenía *razón*. En el autobús que los trasladó del aeropuerto Kennedy a Lexington Av., esquina a la 53, se sentían dos hormigas y dos seres indefensos enjaulados, bajo aquel paisaje de cemento y coches. El Barbizon era una antigua residencia de señoritas convertido en hotel burguesito y familiar, con luces indirectas, moqueta y paredes ¡de color rosa! Él alucinaba. Vaya cursilada. Parece una casa de putas. Habló el experto, le contestó Carmen. Fue un alivio para los dos verse en la habitación, despojarse de los abrigos y de la angustia de extraviados: estaban al otro lado del charco, sin entender ni papa de inglés, bueno, él podía descifrar los letreros más elementales, sin los niños, “¿y si nos pasa algo?”, le había dicho Carmen en el avión, se quedarían huérfanos, aunque ya no eran tan niños, Gonzalo estudiaba segundo de

Medicina y Guiller, COU de letras. ¿Sería escritor, como su papá? Carmen se alegró de platicar con la camarera de la planta, Linda, una panameña morena de labios de pimentón. Él acabó atraído por el sonajero de su habla. Aunque era un escritor de novelas históricas —¡ojo!, no esas mamarrachadas de centuriones, cátaros y obispos asesinos que tanto se venden, sino novelas trabajadas como arte de batihoja de frases, orfebre de adjetivos, alcabalero de arcaísmos—, le encantó el perezoso acento de Linda, las eses —fuera zetas ceceantes—, los diminutivos afectuosos, la expresión respetuosa, pero llana, sin afectación, y hasta los pintorescos anglicismos que trufaban su *splanglish* mestizo. “¿Alguna cosita del *servisrún?*”, “¿un *cafesito* bien prietito para el señor, no es *sierto?*” Cierta, cierto, cargadito, porque *allí* no daban café, sino aguachirle oscuro, y él había sido toda la vida un escritor de muchos cafés. Cada día te vuelves más gruñón, le reprendía Carmen a menudo. Linda limpiaba las *carpetas* del pasillo (*carpets*: alfombras), entraba en la habitación con las bandejas del desayuno, el espumoso capuchino, mermelada, zumo y los *roller*, una especie de ensaimada que a esas horas a él le era imposible tragar. Mientras Carmen fue a la peluquería para la fiesta nocturna del Plaza, él había tomado otro café en un bar próximo al hotel, abrumado por las aristas a plomo de los rascacielos y el tutilimundi de la disparatada ciudad, avasallado por deambular en los espacios del anonimato. Removiendo la cucharilla en la taza, frente al ventanal callejero, se le pasó por la cabeza, como esos luminosos que recorren transversalmente una pantalla, una frase que constituía un endecasílabo perfecto: ¡Qué raro que me llame Alfonso Bustos!, y en una distracción de pesadilla vio enjambres de avispas tecleando ordenadores, cerdos en Wall Street, cocodrilos con gorra de plato conduciendo limusinas, cucarachas saliendo del metro, caballos bebiendo cerveza en la barra de los restaurantes y monstruos de falo metálico follando ratas monstruosas en las alcantarillas. Nada importante: se ponía lorquiano en Nueva York. Todos los años comentaba en clase un par de poemas del famoso libro del poeta granadino.

En los tres días anteriores a la fiesta del Plaza Carmen y él habían visitado los sitios obligados para el turista, las torres gemelas, la isla Ellis y el Metropolitan. En un restaurante de Chinatown habían cenado con el director del Cervantes pato lacado y en el Village de los artistas Carmen se colgó de su brazo, apoyándose con la dulce dejadez de cuando paseaban su amor juvenil por las rúas ovetenses, hacía más de veinte años: toda una vida. Ya no eran los mismos de entonces, o eran los mismos, sólo que muy distintos, como el *roller*, que según Linda era “igualito igualito a una ensaimada, no más que diferente”, nostálgicos de aquellos años que Carmen quiso recuperar —*Yesterday...*— visitando el edificio Dakota y el lugar exacto de Central Park donde habían abatido a John Lennon. Justo era nueve de diciembre, aniversario del asesinato, y en el lugar del crimen docenas de peregrinos, los más cuarentones como ellos, de pie o tumbados en el césped veneraban en silencio una fotografía del ídolo rodeada de velas encendidas, como ante el camarín de un santo milagrero. *Yesterday...*

—Lo adoran como si fuera la Santina —dijo Carmen.

Carmen y él eran los mismos, no más que diferentes a la pareja que en las tardes remotas del domingo subía a un merendero del Naranco a tomar sidra y pulpo, besarse con placer desconocido y tocarse con manos clandestinas al arrullo del hervor radiofónico que anunciaba la “abultada” derrota del Real Oviedo en el estadio de San Mames, en las tardes de ignorancia ilusa, en la Vetusta provinciana, ciudad tendida allí abajo como un cascarón de tejados tristes y lluviosos. Qué raro que aquellos jovencitos que se deseaban ciegamente fueran los mismos que desde la cornisa del Empire contemplaban embobados y disminuidos la urbe descomunal, o entraran al atardecer en los almacenes Bloomingdale's donde había renos en los escaparates, un Santa Claus dándole a la esquila, *homless* tirados en la acera junto a una trampilla de calefacción y los miembros del Ejército de Salvación pidiendo militarmente donativos a los transeúntes. Feliz Navidad.

Al día siguiente de su llegada, el escritor había disertado ante medio centenar de estudiantes en la NY University, la Enagayú, como pronunciaban. En la tarde del segundo día leyó unos folios en el Spanish Institut, de pie, ante un atril y fue entonces cuando se abrió paso en su cabeza el endecasílabo que le subía y bajaba como un ascensor de rascacielos,

¡qué raro que me llame Alfonso Bustos!

Leía frases que ya había repetido en otras aulas y salones, que Carmen se sabía de memoria y, por eso, en vez de acompañarle a la conferencia, se fue a comprar en unas tiendas al lado del hotel unos Lewis 505 para Gonzalo y unas Nike auténticas para Guiller, con cámara de aire, especiales para corredor de fondo. Disertó sobre la novela histórica y el tiempo de la intimidad. Empedró el discurso de citas magníficas, se confesó —pudorosamente— encarnado en su protagonista hasta el punto de sentenciar: “Quevedo soy yo”. Con tono grave y melancólico justificó las razones que le habían llevado a escribir una novela sobre el conde duque de Olivares y su tiempo. Despotricó una vez más contra la novela histórica popular y de pacotilla que hace literatura de cartón piedra al estilo de Cecil B. de Mille, y reivindicó los hombres y escenarios de ayer para recrear los conflictos vivos de hoy y las insatisfacciones de siempre. Gran frase, ¿no? Quevedo soy yo, repetía como si encarnara a aquel viejo, miope, friolero y desengañado trujimán que pululó a la sombra de la corte fastuosa y miserable de Felipe IV y su valido. Mientras leía, incluso durante el coloquio, le subía y bajaba como un símbolo aquel qué-raro-que-me... etc., deseando terminar para tomarse una Budwaiser, *one Bud, please*, todo eso había aprendido a decir en inglés, deseando terminar con las pejíguas preguntas sobre aspectos irrelevantes de su novela, hasta que un oyente genial le destapó el sumidero de eso que los críticos llaman “la visión del mundo”, en suma, la pulpa y el tuétano de su escritura. Aprovechó la oportunidad. Siempre que oía la palabra tiempo desenfundaba el revólver cargado de citas de su canana de conferenciante y, acto seguido, disparaba al grito existencial de “¡Tiempo a discreción!” Entre las citas con las que empedraba su conferencia nunca faltaba Machado

—“ya nuestra vida es tiempo...”—, Bergson —“el tiempo es invención o nada en absoluto”—, la Yourcenar —“el tiempo, ese gran escultor”—, Pavese —“*il tempo, árido ftume*”, árido río— y hasta, para aliviar la gravedad temática, la letras de una canción, que primero dijo y luego tarareó, despertando sonrisas en el auditorio.

*Todo pasa,
y pasa y pasa,
todo pasa,
como la uva
pasa.*

...y así un tiroteo intermitente de citas que dichas con hábil inflexión de voz producían en los oyentes el efecto admirable de que era un novelista sincero, de donde nace la palma artística y antes de morirme quiero... un novelista digno representante de la novela histórica, como figuraba en la tarjeta que le habían colgado en la solapa, en mayúsculas: ALFONSO BUSTOS. HISTORIC ROMAN. Para rematar la conferencia disparó el tiro de gracia, una cita *engagée*, comprometida con la historia, de Elis Wiessel: “No somos responsables del pasado, pero sí de cómo lo recordamos”, frase que venía de perlas así para loar y celebrar el poder de la memoria, fuente de verdad, fuente de fábulas, sin par Dulcinea y musa, como para dar término a su aventura transoceánica de escritor andante. (Nutridos aplausos).

La víspera de su partida fue la gala en el Plaza. A mediodía el cielo empezó a ensuciarse y al anochecer caía aguanieve sobre Manhattan. A Carmen le hizo una “ilusión loca” —frase muy suya— que nevara para que Nueva York se pareciera a las películas navideñas del padre Flanagan, pero apenas cayeron cuatro copos, nada, cuando les recogieron en el Barbizon. Carmen estaba guapísima y se gustaba, sin por ello dejar de controlar la pequeña intendencia, los pasaportes, las invitaciones, la pajarita, póntela derecha, que eres un adán, guapísima y feliz, “¿te imaginas?, en el Plaza, como un sueño”, invitados a la gala anual del Spanish Institut, a la que asistía —a 500 dólares el ticket, dólares benefactores, *sponsorizadores*—, la *crème de la crème* de la sociedad neoyorkina relacionada con España y varias personalidades venidas expresamente de Spain: delegados de empresas multinacionales, banqueros, directores de periódicos, diplomáticos, porque en la gala se concedía la medalla de oro a un benefactor americano y a un prohombre español, que solía ser un embajador, un bodeguero, un noble o uno de nuestros universales cantantes de ópera que contribuían a difundir la cultura de España en aquel país.

—¡Michael Douglas en persona!

A Carmen le hizo una ilusión loca estar a un metro del actor, estrella de la noche: por algo tenía una finca en Mallorca, lástima que no lo acompañara Z. Z. Jones. Al lado de esta gala en el Plaza la recepción en el hotel Reconquista tras la entrega de los premios Príncipe de Asturias quedaba en una especie de quiero y no puedo, más cultural, desde luego, y en el marco incomparable de la arquitectura del XVIII, pero sin *glamour*. Carmen estaba encantada, olvidada de sus enfermos en el hospital. Y allí estaba el escritor, más perdido que un pulpo en un garaje, un ser

raro entre los invitados, disfrazado con la pajarita y el obligatorio esmoquin, la primera vez que se los ponía, arrellanado en una butaca después de la cena, con un whisky en la mano, creyendo por instantes que la Princesa Silenciosa le acechaba. Miraba el bullebulle de la sala, la pista de baile, los espejos que duplicaban el resplandor de las arañas de cristal, el rincón donde el manso camarero de cara tolteca, sumiso como un asno, servía copas, el estrado de músicos su ridículo con gorrito verde. La orquesta había conseguido que el ex embajador y la condesa de Romanillos —¡hay que ver cómo se conservaba!, si es que los ricos saben cuidar el esqueleto—, olearan en el centro de la pista un vals azul. La condesa iba minifaldera y zancuda, como un flamenco, con esa gracia que sólo dan el linaje, el internado en Suiza y los bonos bancarios. “Esta gente todo lo hace bien”, pensó el escritor llevando el vaso de whisky a la boca como si comunicara una confidencia a un viejo camarada. La condesa parecía más joven que en el reportaje dominical del ABC, fotografiada delante de bargueños barrocos, con códices e incunables de la biblioteca, en las caballerizas del cortijo andaluz. Con el ringorrango rítmico del tango, culebreaba por su cuello el collar de esmeraldas genealógicas y toda ella era un ejemplo magnífico de la cirugía y de la benevolencia que depara el tiempo en la piel y en los huesos de algunos seres selectos.

Tres horas antes el escritor y su mujer habían dejado en guardarropía del suntuoso Plaza los abrigos, a cambio de la ficha 172, un buen número. Carmen Llevaba un chaquetón de lomos de visón, comprado dos años antes con el premio que obtuvo por *El preso de San Marcos*, la novela sobre el conde de Olivares y Quevedo, qué menos que hacerle un regalo así, por lo mucho que le aguantaba, era cierto: cada día era más gruñón. Esperaron un poco apartados a que llegara el director del Cervantes con su mujer, sus acompañantes en la fiesta entre el centenar de comensales, diplomáticos, empresarios, próceres e ilustres hispanistas. Era entretenido observar la llegada de los invitados, los saludos, su comportamiento ante el guardarropa. El escritor pensó que los ricos saben desvestirse mejor que los pobres, con menos esfuerzo, con más delicadeza, había que ver con qué facilidad se desprendían de abrigos, chaquetones, estolas y bufandas. No vio a la Dama en el salón Rubens donde se sirvió el cóctel degustando besitos y martinis, saludos y bocaditos de ahumados, noticias y canapés de salmón, presentaciones y sorbitos de cava, cómo no, siendo el condecorado español un famoso bodeguero catalán. Los salones de los hoteles de lujo llevaban nombres de pintor: Turner, Rembrandt, Barbizon... Carmen, que siempre se ocupaba de la logística menuda —y de la grande y, sobre todo, de la otra: la sentimental— consultó la invitación: mesa 16 y, en efecto, encontraron otra tarjetita con sus nombres entre la cristalería de copas que rodeaban un centro de flores. El mantel era blanco como los paños de un altar y un velón alumbraba con el recogimiento sagrado de un oratorio. A modo de misal, el tarjetón del menú indicaba el salmo del día: las vieiras con langosta en salsa Beaumarchais, la pularda al estragón, la pera flambé al jerez, los vinos de Rioja y el cava catalán: lo mejor y más variado de aquella España que era amada por gente bilingüe (ellos habían estudiado francés en el instituto: uno es lo que hizo de él el bachillerato, decía el escritor, repitiendo a Max Aub), todos

hablaban *fluently* inglés y español, no el *spanglish* de Lidia y, por eso, Carmen y Alfonso sólo entendían algún rótulo y cuatro frases menesterosas aprendidas de Gonzalo y de Guillier, tan buenos chicos, tan bilingües, por algo habían pasado varios veranos en Dublín. Así que el escritor era duro de oído para los idiomas extraños, pero no para el propio, mastro de esgrima en los ritmos de la prosa y la *calité de page, mon ami!* Otra cosa era vender libros. Por eso comían de las clases que impartía en el instituto. Y el sueldo de enfermera.

Carmen y el escritor tenían sitio al lado del director del Cervantes y su “compañera sentimental” —¡viva el eufemismo!—, una autora de novelitas infantiles y articulista mimada en un periódico de Madrid. Al escritor le hubiera asustado sentarse al lado de la Princesa Silenciosa y no de una gorda señora americana, vocal del Spanish, oriunda de Pontevedra que presumía de apellido gallego, Carballeira, y de su remoto español aprendido en la infancia. Su marido era un afamado otorrino que afinaba las cuerdas vocales de los cantantes de ópera como si fuesen Stradivarius y los otros dos comensales eran el delegado de la empresa Schweppes en Madrid y señora, que parecían compañeros, pero poco sentimentales. ¿Dónde estaba la Dama Silenciosa cuando se encendieron los focos de televisión, rechistaron las cámaras fotográficas y se entregaron las medallas de oro? ¿Brindó, en pie, con todos, escuchó en silencio los himnos nacionales? Los americanos amelonaban dulcemente la jeta y ponía la palma de la mano a la altura del corazón al escuchar su melodía patriótica. Nadie vio pasar a la vieja Dama entre las mesas con el bolsillito de mano hacia el lavabo, donde tan difíciles resultan las maniobras higiénicas con vestido de etiqueta. El escritor, frente al nicho del urinario, con el colgajo en la mano, como un niño castigado cara a la blanca pared de mármol, que contrastaba con el negro del esmoquin de alquiler, se sentía tan aturdido como una cucaracha sorprendida al encenderse la luz. Después de orinar el escritor se lavó manos y cara y se secó frente al espejo con unas toallitas. “No te sienta mal el esmoquin, colega”, se dijo, como si quisiera ser reconocido por el elegante caballero que le miraba desde el fondo del espejo, su doble, su yo clónico y desconocido.

Cuando volvió al salón la orquesta de Lester Line interpretaba la macedonia internacional de melodías de siempre, *Helio Dolly!*, *Aquellos ojos negros*, *La cumparsita* y hasta un rock rebozado en violines que hizo sonreír a las parejas más jóvenes: ellas con vestidos largos y altos senos, ellos con tez bronceada en el fin de semana en Jamaica y un máster recién terminado.

La vieja Dama estaba allí, en una butaca, fatigada quizá por recuerdos relacionados con lo espléndido y lo fugaz. Carmen se había lanzado a bailar con el delegado de la Schweppes y el escritor estaba con el whisky en la mano, mirando a la anciana Princesa Silenciosa, atribuyéndole una lejana juventud bajo las arrugas y el destello de las joyas de antiguo diseño, cuando seducía en las fiestas y los hipódromos, participaba en monterías, descansaba en Dauville, seguía las carreras de coches, se alojaba en alcobas del Ritz y enloquecía a sus amantes. Se la figuró tendida en las sábanas, con su vello rubio y su sexo de fresa. Ahora, tan vieja y señorial, con ojos fríos y

una sonrisa compasiva, parecía adivinar un secreto, como si mirara la última imagen que faltara de un álbum. El escritor apuró el vaso, allí estaba el camarerito mexicano dispuesto a servirle otro whisky, lo mismo, no más que otro. Y al volverse, pasó a su lado la Princesa solitaria con una estela de aire vacío, mirándole como si conviniera una cita a solas.

La vieja Dama se fue. Aquella noche había decidido desentenderse de todas estas gentes tan elegantes, que tanto se parecen cuando son felices. Carmen lo cogió de la mano y lo sacó a bailar, tan torpón como siempre, para bailar era un saco de patatas.

—Déjate de pamplinas y de damas espectrales y a mover el esqueleto —le dijo, apretándose fuerte contra él, para que notara sus muslos, sus pechos, encajada, y luego le pasó la yema del dedo índice por el lóbulo de la oreja y con la punta de la lengua le lamió el cuello—. ¡A ver cómo te portas cuando volvamos al hotel.

¡Qué fuerte!, como diría Guiller en su jerga, nada menos que un baile amarraditos los dos en una gala del hotel Plaza de Nueva York en una noche inolvidable de diciembre, qué hubiera sido de él, Alfonso Bustos, si no la hubiera tenido a su lado tan dispuesta para ser feliz, tan firme en la adversidad, tan abnegada a la cabecera de los niños con sarampión, sin esa murria que él arrastraba desde sabe Dios cuándo, desde antes de conocerla en la universidad ovetense. Tachán, tachán, tachán, el último vals de una noche de ensueño.

Recogieron los abrigos y al salir a la puerta del hotel descubrieron que nevaba mansamente en Nueva York. ¡Qué maravilla! Declinaron la compañía de Lola y del director del Cervantes que se ofrecían a acompañarles al Barbizon en el mismo taxi. Preferían ir andando, *walking in the...* ¿cómo cono se dice nieve en inglés?, el Barbizon estaba a sólo dos manzanas, como media calle de Uría de Oviedo, y se había encalmado el gélido aire polar, querían caminar dejando sus huellas en la película de nieve que empezaba a cuajar en la acera de la Quinta Avenida. Cuando se quedaron solos, Carmen propuso a Alfor volver en uno de aquellos coches de caballos que aguardaban en la esquina. Era más seguro que ir por la cales a esas horas, ¡y tan romántico! Le hacía una ilusión loca. Una noche de cuento hadas: volver de palacio en carroza, cloc, cloc, cloc, pezuñas del caballo trotando en el asfalto, recostada cabeza en el hombro de él, como cuando bajaban del Naranco en el autobús de las nueve, ya de noche (el Real Oviedo había perdido 4-1), tan jóvenes y con toda la vi por delante. *Yesterday...*

Toe, toe, toe, en coche de caballos por la inmensa ciudad semivacia. De pronto el escritor —quizá fue whisky— se vio solo en el carruaje que avanzaba por paseo de plátanos invernales, lloviznaba y era densa niebla. El viejo jaco seguía tu trote, sabía el camino. La Princesa Solitaria iba al pescante tirado de las riendas.